

con la ayuda del viento. Habían sido transformaciones lúcidas, pura felicidad interna para nada asimilable a la alegría.

Decíles del calor más allá de las salidas del sol —el sol sabe de esas cosas, no necesita información alguna—; la sabiduría del fuego quisiera transmitirle a los otros, los hermanos, los que aun bajo el sol ignoran todo tipo de tibiezas.

La vieja gris, gris la vieja, cubierta de cenizas, un algo achicharrada pobre vieja, chamuscada en partes y, bajo el polvillo gris de las cenizas, sumamente tostada no tanto por la acción del sol que en esa altura del mundo es inocente sino por el nuestro fuego que le enseñó el principio de cocción en carne propia. Y esto, entre tantas otras nuevas, era lo que quería comunicarle a los hermanos: la posibilidad de transformarse uno al mismo tiempo que el fuego transforma el alimento. Es decir el poder transmutador de ese ser inasible, ardiente y rojo que sin que ella lo supiera se llamaba fuego.

Buscó entre la ceniza muerta un resito de vida, con las manos hurgó entre las cenizas y hundió los antebrazos hasta el codo sabiendo que el peligro de quemarse ya no era peligro alguno para ella. Y después de mucho buscar encontró una brasita diminuta latiendo en la profundidad de la ceniza. Con esa ínfima brasa y con los carbones que se habían formado mantuvo viva durante meses una humilde fogata (ni siquiera pensó en cocinar sobre ella el pescado reseco, no quiso mancillarla). Y con dulzura fue rearmando su isla: cosechó la totora que crecía en el lago, la puso a secar al sol y cubrió poco a poco el colchón de cenizas con la paja flotante. Después reconstruyó su choza con la misma totora y cuando se sintió completa le prendió fuego a todo pensando que de alguna manera los demás entenderían su mensaje gracias a esa nube oscura que se desprendía del fuego. Reinventó así, sin quererlo, las señales de humo. Tanto le hubiera valido reinventar la telegrafía sin hilos. Total, otro holocausto inútil: los hermanos allá lejos no pudieron o quizá no quisieron descifrar su mensaje.

Tal vez ya lo sabían.

Donde viven las águilas

Les va a costar creermelo porque ¿quién, hoy día, ha tenido experiencia con la vida de campo? Y acá arriba: la vida de montaña, donde viven las águilas. Pero ya se irán acostumbrando. Sí señor. Se lo digo yo que eran tan citadina y ahora me pueden ver del color de la greda acarreado baldes de agua desde la fuente pública. Agua para mí y agua para los otros; lo hago para subsistir muy pobremente ya que cierta vez cometí la torpeza de subir por el camino que bordea el precipicio. Subí, y al ver en el fondo el valle convertido en un punto verde decidí quedarme para siempre. No fue miedo, fue prudencia como dice la gente: precipicios demasiado hoscos, nunca imaginados, imposibles de enfrentar en un descenso. Fui canjeando por comida lo poco que tenía, los zapatos, el reloj pulsera, el llavero con llaves y todo (ya no las necesitaría), el bolígrafo al que le quedaba escasa tinta.

Lo único de valor que me queda es mi cámara polaroid, porque nadie la quiso. Acá arriba no creen en eso de retener imágenes, más bien se esfuerzan por crear cada día imágenes diferentes, inventadas por ellos y especiales para cada momento. A menudo se reúnen para contarse las inverosímiles imágenes que han ido vislumbrando. Se sientan en ronda sobre el piso de tierra en la oscuridad del rancho comunitario, el jacal, y se concentran para materializar las visiones. Cierta vez corporizaron de la nada un tapiz de color inexistente y dibujo inefable, pero decidieron que el tapiz era apenas un palidísimo reflejo de su imagen mental y rompieron el círculo para restituirlo a la nada de la que había surgido.

Son seres extraños: hablan casi siempre un idioma del que ellos mismos han olvidado ya el significado, se comprenden interpretando las pausas, las entonaciones, la expresión de los rostros o los suspiros. Yo intenté aprender este lenguaje de silencios pero parece que mi acentuación no es la requerida para tamañas sutilezas. De todos modos se emplea el castellano para los hechos triviales, las cotidianas exigencias que nada tienen que

ver con las imágenes. Algunas palabras sin embargo están ausentes de su vocabulario. Por ejemplo les falta la palabra ayer, la palabra mañana, y antes y después, o un día de éstos. Todo, aquí, es ahora y siempre. Una burda imitación de eternidad, como el tapiz que ya he mencionado. ¿He mencionado? Y sí, soy la única que conserva este tiempo de verbo y quizá, también, la única que tiene alguna noción de las conjugaciones. Resabios que me quedan del mundo de allá abajo, conocimientos que no puedo canjear con nadie porque nadie los quiere.

—Puedo darte una noción de tiempo a cambio de frijoles, anduve diciéndoles a las mujeres del mercado y ellas sacudieron la cabeza en señal de rechazo. ¿Una noción de tiempo? me miraron descreídas, ¿un estarse moviendo en un plano distinto? Eso nada tiene que ver con el conocimiento que buscamos.)

¿Quién se atreve a venir a hablarles del trascurso a los habitantes de este arriba donde todo perdura? Hasta los cuerpos perduran. La muerte ni los corrompe ni los anula, simplemente los detiene en el camino. Y los otros, con enorme delicadeza—una delicadeza que sólo les conozco con las cabras paridas o con determinados hongos—trasladan el cuerpo más allá del torrente y lo ubican en el lugar simétrico al que le correspondía en vida. Con infinita paciencia han logrado crear, en la otra ladera, la otra población que anula el tiempo, reflejo quieto de ellos mismos que les da seguridad porque está monificada, es inmodificable.

El único cambio que ellos se permiten es el de las imágenes. Crecen, eso sí, y después llegan a una edad adulta con algo de vejez implícita y ahí se estancan hasta la muerte. Yo, en cambio, compruebo con horror cómo me van apareciendo canas y se me forman arrugas en la cara. Prematuras, sin duda, pero ¿quién puede conservarse joven en esta sequedad, bajo estos cielos? ¿Y qué será de mí cuando descubran que a mí el tiempo me pasa y me va dejando grabadas sus señales?

Ellos están en otras inquietudes, tratando de retener las visiones que según parece son de palacios enjoyados y de otros esplendores nunca vistos. Ellos merodean por esas latitudes del asombro y yo puedo apenas sacarme—muy de vez en cuando y con mucho sigilo—una foto. Yo repto a ras de tierra a pesar de ser esta tierra tan elevada, tan adicta a las nubes. Después dicen que la altura nos trastorna el seso a quienes como yo llegamos del nivel del mar. Y yo creo, me temo, que los trastornados son ellos: algo ancestral, inexplicable, sobre todo cuando están en cucullas

—casi siempre—contemplándose por dentro. Yo en cambio miro y miro por fuera, miro por los caminos y voy como al descuido alimentando mi miedo, algo callado y propio. Ellos me ven pasar con el palo sobre los hombros y los dos baldes que cuelgan del palo, acarreado agua, y me gustaría saber que nada sospechan de mi miedo. Es un miedo doble faz, bifronte, para nada hermano de aquel que me impidió bajar una vez que hube escalado la montaña. Éste no es miedo simple, éste refleja otros miedos y se vuelve voraz.

Por un lado estoy yo, aquí y ahora. Un ahora que se dilata y cambia y se estira con el tiempo y con suerte va modificándose. No quiero que se enteren de esta modificación, como ya dije, pero menos aún quiero ser como ellos y no sufrir el tiempo. ¿Qué sería de mí si acabara por quedarme para siempre con este rostro como sorprendido entre dos edades? Pienso en las momias de la ciudad espejada y pienso que en definitiva sólo las momias no se modifican con el tiempo. El tiempo no transcorre para los muertos, me dije un día, y otro día (porque yo sí me cuido bien de registrar cuestiones calendarias) agregué: tampoco pasa para quienes no tienen noción de muerte. La muerte es un hito.

Aquí los habitantes, con su lengua hecha de silencios, podrían enseñarme los secretos del estatismo que tanto se parece a la inmortalidad, pero me resisto a conocerlos. La vida es un ir avanzando hacia la muerte, el estar estancado es ya la muerte.

—Quédese acá, marchanita, quietecita con nosotras, es una de las pocas cosas que acceden a decirme en mi propia lengua y yo sacudo y sacudo la cabeza (una manera más de asegurarme el movimiento) y en cuanto estoy un poco lejos de su vista me largo a correr como loca por estos caminos tan estrafalarios. Corro más hacia arriba que hacia abajo pero igual no quiero alejarme demasiado, no quiero llegar por error a la ciudad quieta y toparme cara a cara con las momias.

La ciudad secreta. No conozco su exacta ubicación pero sé todo lo referente a ella, o quizá lo sospecho. Sé que debe de ser igual a este humilde caserío en el que vivimos, una réplica fiel, con igual número de cuerpos ya que cuando muere uno nuevo la momia más vieja es arrojada al vacío. Hay mucho ruido en la ciudad secreta, el ruido debe preanunciarla y es absolutamente necesario: todo tipo de latas cuelgan de las vigas de las chozas para espantar a los buitres. Es lo único que se mueve en la ciudad secreta, esas latas de espantar zopilotes, lo único que se mueve

y suena, y en ciertas noches muy limpidas el viento trae el sonido hasta donde moramos los vivos y ellos entonces se reúnen en la plaza y bailan.

Bailan muy pero muy lentamente casi sin desplazarse, más bien como si ondularan sumergidos en el agua densa del sonido. Ocurre rara vez, y cuando ocurre siento casi incontables impulsos de unirme al baile —la necesidad de baile se me mete en los huesos y se mueve— pero me resisto con toda mi capacidad de resistencia. Me temo que nada sería más paralizante que ceder a la música que viene de la muerte. Por no paralizar-me, yo no bailo. Yo no bailo ni comparto las visiones.

Desde que estoy aquí no he asistido a ningún nacimiento. Sé que se acoplan pero no reproducen. No hacen nada para evitarlo, simplemente la quietud del aire se los impide, el estatis-mo. Por mi parte, en estas alturas, yo ni me acerco a los hombres. Hay que reconocer que los hombres no se acercan a mí, tampoco, y por algo será, ellos que suelen acercarse tanto a tantos seres. Algo en mi expresión los debe de ahuyentar y ni puedo saber de qué se trata. Por aquí no existen los espejos. No existen los reflejos. Las aguas o son glaucas o son torrentes rapidísimos y blancos. Y yo me desespero. Y cada tanto en la intimidad de mi cueva, con mucha parsimonia y cuidados extremos, me saco una nueva foto.

Lo hago cuando ya no puedo más, cuando necesito saber nuevamente de mí misma y no hay razón de miedo o de prudencia que pueda contenerme. Me va quedando, por un lado, poquí-sima película. Por otra parte sé muy bien que si llegan a encontrar mis retratos, si logran colocarlos en orden sucesivo, pueden pasar dos cosas: o me execran o me adoran. Y ninguna de las dos circunstancias me complace, ambas están demasiado cerca de la piedra.

No podría ser de otra manera. Si ponen los retratos en orden y descubren. Si notan que a mi llegada mi rostro era más liso y mi pelo más vivo, mi porte más alerta. Si van descubriendo las señales del tiempo en mi persona sabrán que no he logrado en absoluto controlar el tiempo. Y así como me encuentro, enveje-ciendo, no querrán seguir aceptándome entre ellos y me echarán a pedradas del pueblo y tendré que enfrentar los aterradoros precipicios.

En lo otro, no quiero ni pensar. En la posibilidad de que me adoren por haber logrado, tan concreta, eficazmente, mate-

rializar estas imágenes de mí. Pasaría entonces a ser la piedra para ellos, estatuaría, para siempre detenida y retenida.

Estas dos perspectivas lapidarias deberían bastar para contener mi impulso suicida de sacarme otra foto pero no. Cada tanto sucumbo, con la esperanza de que el destello del flash no los alerte. A veces elijo las noches de tormenta y quizá conjuro el rayo con mi débil simulacro de rayo. Otras veces busco la protección de los resplandores del amanecer que en estas alturas suele ser incendiario.

Grandes preparativos para cada una de mis secretas fotos, preparativos cargados de esperanzas y de amenazas. Es decir de vida. El resultado posterior no siempre me alegra pero la emoción de enfrentarme a mí misma —por más horrible o dema-crada que aparezca— es incommensurable. Ésta soy yo, cambian-te, en un mundo estático que remeda la muerte. Y me siento segura. Puedo entonces detenerme a comentar simplezas con las mujeres del mercado y hasta entiendo sus silencios y logro responder a ellos. Puedo vivir sin amor un tiempo más, sin que nadie me toque.

Hasta el día de otra recaída y de una nueva foto. Y es ésta la última. En día de ruido a muerte cuando la mínima actividad del pueblo se ha detenido y todos se congregan para bailar en la plaza del mercado. Ese baile lentísimo como quien reza con los pies y reza suavemente. Nunca lo van a admitir pero sospecho que cuentan para adentro, que su danza es un intrincadísimo tejido de pasos como puntos, uno alzado, dos puntos al revés, uno al derecho. Todo al son tintineante de las lejanas latas: el viento en casa de los muertos. Día como cualquier otro, día muy especial para ellos a causa del sonido que llamarían música si les interesara hacer estas distinciones. Sólo bailar les interesa, o creer que bailan con el pensamiento que es lo mismo. Al compás de ese sonido que todo lo inunda y no me permite establecer de dónde viene y sólo sé que viene de la ciudad de los muertos. Un sonido que amenaza tragarme.

Ellos no me llaman ni me ven. Es como si no existiera. Quizá estén en lo cierto y yo no exista, quizá sea yo mi propio invento o una materialización algo aberrante de las imágenes que ellos han provocado. Ese sonido parece alegre y es lo más fúnebre que puede escuchar oído alguno. Yo parezco viva y quizá.

Me oculto en mi cueva tratando de no pensar en estas cosas y de no escuchar el tintineo que si bien no sé de dónde

viene tengo miedo de saber hacia dónde o hacia qué puede conducirme. Con la intención de aplacar todos estos temores empiezo a prepararme para la última foto. Desesperado intento de recuperarme, de volver a mí misma que soy lo único que tengo.

Con ansiedad espero el momento propicio mientras afuera la oscuridad va hilando sus hebras de negrura. De golpe, destellos inesperados me hacen apretar el obturador sin pensarlo y no hay tal foto, sólo emerge una placa parda en la que se va adivinando una velada pared de piedra. Y basta. Puedo tirar la cámara porque no me queda más película. Motivo de llanto, si no fuera que el resplandor perdura. Motivo de inquietud, entonces, porque al asomarme descubro que el resplandor viene del exacto punto que yo quería ignorar, emerge justo allí en el corazón del sonido, de aquella cumbre un poco a nuestros pies y el resplandor es entonces el de millones de latas a la luz de la luna. La ciudad de los muertos.

Sin pensarlo tomo mis estúpidas fotos anteriores y parto en un impulso que no alcanzo a entender y que quizá sea la respuesta a un llamado del resplandor sonoro. Me llaman desde allí abajo, a la izquierda, y yo respondo y al principio voy corriendo por el precario camino y cuando ya no hay camino igual avanzo, trastabillo, trepo y bajo y tropiezo y me lasimo, quiero imitar a las cabras en su tanteo por las rocas para no desbarran-carme, por momentos pierdo pie y me deslizo y patino, trato de frenar la caída con todo mi cuerpo, las espigas me desgarran la piel y a la vez me retienen. Con desesperación avanzo porque tengo que hacerlo.

Llegaré a la ciudad de las momias y les daré mis rostros, a las momias les plantaré mis expresiones sucesivas y por fin podré emprender en libertad el camino hasta el llano sin temerle a la piedra porque mi última foto me la llevaré conmigo y soy yo en esa foto y soy la piedra.

Crónicas de Pueblorrojo

I
Llegó a este pueblo de nadie con su atadito al hombro. Estaba harto ya de los pueblos de alguien, los ajenos.

Lo primero que hizo fue escribir su nombre en una roca: una manera como cualquier otra de sentar sus dominios y además de vengarse de la piedra. Bastante lo habían hecho sufrir, las piedras sobre todo cuando arrojadas por manos desconocidas le daban en plena cara. ¿Culpa de la piedra? No, claro, pero a la piedra la conoce y puede vengarse de ella con confianza, en cambio la mano que arroja es siempre una mano anónima y entonces ¿qué? manos anónimas hay demasiadas en este mundo aunque pocas sean tan infames como para arrojarle piedras justamente a él, que suele ser tan indiferente.

En este pueblo, por suerte, no manos, no pies, no nada humano sólo arena roja, piedra roja, pueblo confundido con la montaña y desde años abandonado.

Hola, fue lo primero que le dijo al pueblo en general pero dirigiéndose sobre todo a cierta casa allí a la izquierda, que parecía la más acogedora. O al menos la más íntegra. Paredes de adobe rojo color de la tierra, y una absoluta y desenfadada ausencia de techo que le permitía ver las estrellas de la manera más desconocida para él, la menos metafórica. En esa casa largó sus bártulos e instaló sus cuarteles. Es decir que estiró bien la bolsa de dormir para que no hiciera arrugas y sacó de su atado el calentador y la pava.

Mientras preparaba parsimoniosamente el mate se dijo: Aquí estoy yo. Y nunca estuvo él tanto en sitio alguno como en este pueblo de nadie todo para él solo.

El mate tuvo otro sabor a pesar de estar hecho con la yerba de los pueblos donde lo habían apedreado, y le iba quedando poca.

Pocayerba, se llamó a sí mismo, un sonido mucho más agradable que el de su viejo nombre, ahora abandonado para siempre en una roca a la entrada del pueblo.